

Conferencia Magistral*

El futuro de la izquierda en México

Manuel Camacho Solís

- * Dictada por el Mtro. Manuel Camacho Solís, en el Instituto Nacional de Administración Pública, A.C., el 3 de Marzo de 2011. Camacho Solís es destacado asociado del INAP y un distinguido académico, además de un funcionario público de larga data, Secretario de Desarrollo Urbano y Ecología, Jefe del entonces Departamento del Distrito Federal, Secretario de Relaciones Exteriores, Comisionado para la Paz en Chiapas y, desde 2009, titular de *Diálogo para la Reconstrucción de México* (DIA).

Rommel C. Rosas, Director del Centro de Mejora Institucional en Administración Pública: Bienvenidos al Instituto Nacional de Administración Pública que esta tarde se complace en presentar la **Conferencia Magistral “El futuro de la izquierda en México”** que impartirá el maestro **Manuel Camacho Solís**.

Presiden este acto el maestro Manuel Camacho Solís, Conferencista Magistral, buenas tardes y bienvenido maestro; el doctor José Fernández Santillán; el doctor Fernando Pérez Correa, y el doctor Alan Arias Marín. Encabeza el acto el Presidente de nuestro Instituto maestro José R. Castelazo.

También se encuentran presentes con nosotros el doctor Luis García Cárdenas, miembro del Consejo de Honor del INAP; el maestro Carlos Reta y la maestra María de Jesús Alejandro, Consejeros de este Instituto; asociados del INAP; distinguidos colaboradores de esta casa de estudios; alumnos y profesionistas. Bienvenidos sean.

Vamos a dar comienzo a la Conferencia Magistral del maestro Camacho Solís, quien es un destacado miembro del INAP y un distinguido académico, además de un funcionario público de larga data, Secretario de Desarrollo Urbano y Ecología, Jefe del entonces Departamento del Distrito Federal, Secretario de Relaciones Exteriores, Comisionado para la Paz en Chiapas y, desde 2009, titular de *Diálogo para la Reconstrucción de México* (DIA). Maestro Camacho Solís tiene usted la palabra.

Manuel Camacho Solís: Muchas gracias por la invitación, es un gusto estar con quienes participarán en esta mesa y con todos ustedes. Voy a referirme a un texto, me lo acaban de pedir para una revista, que en su Consejo están Fernando Henrique Cardoso, Ricardo Lagos, Ernesto Samper, Leonel Fernández. Me preguntaban que cómo resumía la situación de México, que por favor escribiera un artículo sobre México y es un poco la

idea, porque creo que si no lo referimos a la situación nacional la discusión puede estar un poco fuera de la realidad.

Empezaría por decir que lo que hemos vivido ya nos ha llevado a una situación cuya prolongación pone en riesgo al país. Hay que decidirse a tomar un nuevo rumbo, la crisis que vive actualmente México se distingue por sus altos niveles de violencia, pérdida de potencia de crecimiento de su economía que no ha permitido la incorporación de sus jóvenes, aumento de la pobreza, de la desigualdad y retroceso en avances democráticos que se habían alcanzado.

La superación de esta crisis requiere de un nuevo rumbo que gane prestigio moral y mire más hacia adentro, de una ilusión que entusiasme a la gente y de un plan de trabajo enfocado a lo fundamental, que hoy es construir nuevas mayorías sociales y políticas, y tener un plan de rescate del Estado, de reactivación del crecimiento económico y de respuesta a los reclamos de los sectores más agravados de la sociedad empezando por los jóvenes.

Me parece que se necesita que dentro del régimen presidencial tengamos un gobierno de coalición con un programa legislativo de coalición, que sea capaz de generar legitimidad, sostener un nuevo rumbo y aumentar la eficacia pública para hacer frente a lo que cada vez más se vislumbra como una situación de emergencia que podría llevar, incluso, a una debacle institucional.

De no corregir el rumbo y levantar la ilegitimidad, la inercia actual dejaría atrapado a México en un círculo vicioso, de estancamiento, falta de oportunidades para los jóvenes, crecimiento de la violencia e incapacidad institucional y política para garantizar la gobernabilidad.

Sin exagerar, me parece que estamos en una encrucijada. De un lado estaría la oscuridad que llevaría a una debacle institucional

en la que puede terminar la crisis que hoy vive el país, y del otro, la oportunidad de reconstruir el prestigio del poder público y el régimen democrático, mejorar el sistema de justicia, ampliar el mercado interno, emprender políticas de nueva industrialización y desarrollo agrícola, construir un nuevo pacto fiscal y de seguridad social que contribuya a elevar la productividad y la equidad, y levantar la calidad de la educación, impulsar el avance tecnológico, reequilibrar el pacto federal.

Me parece que se necesita dialogar y dialogar, escuchar y escuchar; sin embargo es difícil abrir un debate constructivo sobre el rumbo de la nación cuando los resultados han sido desfavorables, se han perdido repetidamente oportunidades de progreso y los responsables de las políticas siguen teniendo una influencia determinante en la opinión pública.

Por ejemplo, hasta el día de hoy se sigue discutiendo de quién fue el error que llevó a la crisis devastadora de diciembre de 1994, la del *efecto tequila*, cuyos costos aún se pagan sin que se haya podido realizar un debate riguroso sobre las decisiones que provocaron y las opciones que habían en ese momento y que se pudieron haber llevado a cabo.

Cuando las cosas no van bien en un país, hay una tendencia natural a simplificar el diagnóstico y atribuir la responsabilidad del fracaso al otro, a quien piensa diferente o representa intereses distintos. El fracaso lleva a exagerar las diferencias y a borrar los matices del juicio; la falta de resultados y la acumulación de agravios llevan a desconfiar, a cerrarse al diálogo y asumir posiciones maximalistas.

Me parece que el rumbo de la economía debe discutirse. Lo primero que urge es que las posiciones políticas prevalecientes estén dispuestas a ir más allá de la simplificación a la que está

reducida la discusión sobre la estrategia de desarrollo y la política económica.

Hoy no existe un debate político. Lo que existe es una confrontación política sobre el rumbo de la economía que ha terminado en una verdadera Torre de Babel. Desde la derecha, la falta de crecimiento económico se atribuye a la insuficiencia de reformas estructurales, neoliberales, cuando México fue el modelo de liberalización de la economía. La derecha ha gobernado como centro-derecha durante 15 años –1985-2000– y como derecha, los últimos 11 años –2000-2010–.

Es difícil de creer, pero la agenda de la derecha no ha cambiado, a pesar de los malos resultados y de las experiencias internacionales recientes. La derecha sigue suponiendo que con las siguientes tres reformas estructurales despegaría México: i) ampliación del Impuesto al Valor Agregado a las medicinas y los alimentos; ii) apertura del petróleo a la inversión privada, y iii) con una reforma laboral que flexibilice el mercado de trabajo. Están como algunos argentinos que atribuían la crisis de 2001 a que las reformas del mercado no habían sido suficientes.

Desde la izquierda el aumento de la desigualdad y la decepción por la falta de crecimiento económico tienen padre y madre: la corrupción y el fracaso del modelo neoliberal. Se afirma que si hubiera un gobierno honesto y se cambiara el modelo, México volvería a crecer. Sin faltarle razón, y sobre todo siendo legítima su crítica, la izquierda no ha desarrollado con suficiencia una estrategia alternativa.

Para la izquierda la opción está en mantener la propiedad pública, incrementar el gasto social, invertir en el petróleo y su diversificación, y ampliar el acceso a la educación pública. La opción se complica cuando se incluye en ésta la reversión del TLC o el desconocimiento de una parte de la deuda interna, en un país con el grado de integración que hoy tiene México.

Las propuestas de la izquierda tienen legitimidad social, pero será difícil hacerlas avanzar cuando se contemplan los límites presupuestales, las limitaciones de crédito, los niveles de integración comercial y financiera de México a la economía global y no se exploran las nuevas oportunidades para que la expansión del mercado interno y los nuevos nichos que México puede aprovechar –después de la maquila y la pérdida de competitividad– para su desarrollo industrial, agrícola, de su infraestructura y de sus oportunidades para vincularse a la economía del conocimiento.

Desde el centro derecha, representado por el PRI, domina el oportunismo que lleva a cambiar el discurso político sin afectar los intereses predominantes. Por ejemplo, un día ofrecen subir los impuestos indirectos para complacer a la derecha empresarial y al otro día, después de haber hecho eso, anuncian que reducirán los impuestos para quedar bien con el electorado.

Un día proponen que se necesita de una política industrial, pero poco hacen para impulsarla con su mayoría legislativa. El centro derecha no está ofreciendo una alternativa, lo que hizo cuando fue gobierno, lo que ofrece es defender el *statu quo* con mayor eficiencia política, cuando es precisamente ese *statu quo* el que tiene atrapada a la nación en la falta de crecimiento, la inequidad y los problemas cada vez más graves de gobernanza.

El rescate de México requiere de hacer frente a tres problemas fundamentales. El primero, su gobernabilidad está en riesgo por el crecimiento de la violencia y la parálisis en la toma de las decisiones dentro del régimen político en la que ha derivado una transición a la democracia incompleta y mal conducida. El segundo, su economía es estable, pero ha perdido vigor para crecer. El tercero, las diferencias sociales se siguen agudizando, ha aumentado el porcentaje de pobres y se ha achicado la clase media.

La falta de crecimiento está ligada a la debilidad del mercado interno, la falta de equidad y su bajo ahorro, débil sistema fiscal, mala calidad educativa, pérdida de competitividad frente a China en el mercado norteamericano y debilitamiento de los instrumentos del desarrollo, desde el crédito que es muy insuficiente para sus empresas, hasta baja capacidad de innovación empresarial.

El agravamiento de la desigualdad está ligado a las repetidas crisis económicas y a una inflación consecuente: la de la deuda de los años 80, la del *efecto tequila* en 1994-1995, la gran recesión de 2008 que afectó a México en mayor medida por su alta integración industrial a la economía norteamericana, y a la manera inequitativa como se han distribuido los costos de los ajustes, las limitaciones de acceso y calidad de la educación pública, la excesiva concentración de los mercados y la insuficiencia de representación política de los excluidos.

La exacerbación de la violencia y la ingobernabilidad en porciones importantes del territorio mexicano, más allá de sus causas inmediatas vinculadas al tráfico de drogas y de armas, están ligadas a la penetración de la corrupción en el aparato estatal, el mayor patrimonialismo en el manejo de los gobiernos locales, la desintegración social, el debilitamiento del Estado que se acentúa por el fracaso económico y la reducción de la legitimidad resultante de la concentración de poder, los ingresos, la falta de resultados durante un periodo prolongado, y los cuestionamientos no suficientemente resueltos sobre la equidad y transparencia de sus procesos electorales.

La agenda de las reformas que se necesitan es diferente a la que ofreció el centro-derecha en los años 80's y 90's y que después fue adoptada como "caballo de batalla" por los gobiernos de la derecha durante la última década. La agenda debe ir también más allá del oportunismo del centro derecha o, incluso, de una parte de la crítica política que se hace desde la izquierda.

Se requiere de una agenda diferente a la que llevó al fracaso, sin dejar de aprovechar lo que funciona. Los nuevos temas económicos son la educación, el cambio tecnológico, la expansión del mercado interno y del salario, el nuevo pacto fiscal pensionario, las nuevas políticas industrial y agrícola de impulso al crecimiento y a la innovación, la infraestructura, el agua y el medio ambiente.

Ya es hora de salir del objetivo único de la estabilidad fiscal y monetaria, y de un programa de reformas estructurales que ha mostrado serias insuficiencias, que no tiene viabilidad política ni daría los resultados que se postulan.

Los nuevos sistemas sociales están íntimamente relacionados con el arreglo de la economía, pasan también por el mejoramiento de la educación en su calidad y oportunidades de acceso para muchos jóvenes que carecen de ellas, sobre todo en el nivel de las preparatorias; el salario y la contratación colectiva; la democratización de los sindicatos; la vigencia de los derechos sociales universales; la revisión de las políticas sociales para evitar la deformación del clientelismo y la reducción de la productividad de la economía, la salud, la vivienda y la nutrición.

Sería utópico pensar que una situación desfavorable como la actual que vive México, que no ha podido corregirse por un largo tiempo, se podría corregir por la aplicación de un recetario simple. Si en condiciones internacionales más favorables no se tomaron algunas decisiones necesarias ¿por qué habrían de tomarse hoy?, pero, sobre todo, si gran parte de las insuficiencias, errores de instrumentación e incapacidad para llevar a cabo verdaderas reformas estructurales se deben a la protección de un conjunto de intereses que se han fortalecido con el paso del tiempo. ¿Por qué ahora se podría cambiar una política de defensa del *statu quo* que no es favorable al desarrollo, cuando está sostenida en una correlación de fuerzas opuestas al cambio?

Para que México recupere sus altas tasas de crecimiento y creación de empleos, se tienen que establecer otros balances para rearticular productivamente a la economía mexicana y aumentar el apoyo social a las políticas de desarrollo.

Los nuevos equilibrios que se necesitan van en la dirección de cuidar y diversificar las exportaciones, pero sobre todo descansar en mayor medida en la promoción del mercado interno, apostar a una mayor integración nacional sin recurrir a altos niveles de proteccionismo, reconstruir las capacidades del Estado para dinamizar el mercado y asegurar, mediante regulaciones más eficientes y efectivas, la protección del interés público.

Vincular crecientemente el sistema financiero a los objetivos del desarrollo, recuperar la banca de desarrollo y ofrecer un mayor impulso determinante a las pequeñas y medianas empresas, y la ampliación de la clase media emergente, es fundamental para el éxito de la estrategia económica y social.

Promover la innovación. Los gobiernos exitosos se están reorganizando para promover la innovación en todos los terrenos, en la creación de nuevas empresas y en el mejoramiento de las ya existentes; en el mejoramiento de sus estructuras de comunicación; en la atención de los servicios de educación y salud; en el avance del conocimiento y sus aplicaciones tecnológicas; en la formación de *clusters* que vinculen a las universidades, empresas y al gobierno.

Cuando las oportunidades de nuevos empleos y bienestar están en la economía del conocimiento y cuando nuestro país tiene ya una base de infraestructura e investigación suficientes para desplegar su potencial, prácticamente nada se hace para impulsar este tipo de actividades. Lo primero que tendríamos que hacer es integrar los agrupamientos, los *clusters* en los que tenemos potencial, sobre todo en el área médica y en otras tecnologías avanzadas.

No se deben tirar por la borda ni la estabilidad fiscal ni la plataforma exportadora, lo que se necesita es una rearticulación de los activos con los que se cuenta, enfocarse en los sectores que representan oportunidades de crecimiento, como la salud y las energías alternativas.

Las finanzas públicas deben cuidar el objetivo de mantener la inflación controlada, pero contribuir con mayor determinación al crecimiento y al bienestar social. Habría que moverse gradualmente hacia una política más flexible y previsora; establecer una política similar a la que existe en Chile y en Noruega, donde durante los períodos de “vacas gordas” se ahorra y en los de las “vacas flacas” se utilizan esos recursos de manera sistemática para reducir el impacto adverso de los *shocks* externos.

En materia petrolera habría que salir del debate ideológico y de la lucha de intereses que han arruinado a Pemex, para definir una estrategia que lo fortalezca con prioridades claras, mayor control del gasto y de la corrupción, revisión de las condiciones contratuales para aumentar la productividad, concentración en todo lo que permita la Constitución, como la inversión en aguas someras, y un cambio radical en materia de transparencia, investigación y cambio tecnológico.

Es necesaria una reforma fiscal, pero cuando ésta se reduce a gravar con IVA el consumo de alimentos y medicinas se vuelve inviable y es injusta. Habrá que avanzar en un nuevo pacto que compense los nuevos ingresos provenientes de impuestos directos con impuestos progresivos al ingreso o al gasto, redistribución del gasto público y la universalización de la seguridad social.

Sin un cambio fiscal que reduzca los privilegios, los régímenes especiales, el derroche en el gasto corriente, los excesos burocráticos y la falta de transparencia, será difícil que la sociedad y

las oposiciones aprueben los necesarios y tantas veces postergados cambios para aumentar la recaudación fiscal.

Existen posibilidades de recuperar el crecimiento, fortalecer la creación de empleos y disminuir la pobreza, es posible y necesario; pero cualquier discusión de política pública pasa hoy por la necesidad de crear condiciones de seguridad y estabilidad, y nada de ello es posible si no existe claridad sobre cómo reconstruir el Estado. Se ha llegado a un punto de máximo riesgo, es necesario concentrarse en lo fundamental.

El rescate de México depende, en primer lugar, del rescate del Estado Mexicano. Si el Estado continúa perdiendo apoyo social en regiones enteras será porque no es capaz de ofrecer a la población nada que le sea significativo, ni siquiera lo esencial que es la protección de la vida y las propiedades de sus habitantes. Se seguirá produciendo entonces y profundizando la crisis de seguridad pública, que ha provocado que se quintuplique el número de asesinatos en los últimos cuatro años del gobierno de Felipe Calderón.

Se puede recuperar la confianza de la sociedad y el prestigio de las instituciones con un modelo diferente de coordinación en las áreas de seguridad y justicia de la Federación y los gobiernos estatales, premisas claras de actuación que favorezcan al Estado de Derecho, solidaridad federal, programas de emergencia a favor de los jóvenes y excluidos, y movilización concertada de la sociedad civil a favor de las nuevas generaciones que revitalice sus valores, orgullo e identidad.

El arreglo de la seguridad en el México actual pasa por el arreglo de las instituciones políticas, judiciales y de seguridad. La inseguridad en los niveles que estamos viviendo es un problema político, no sólo es de seguridad pública, sino de ineficacia del Estado. En la historia sobran los ejemplos, la caída de Roma se

precipitó por el debilitamiento de sus instituciones y ocasionó la desaparición de las garantías a la vida y a la propiedad.

La violencia en Colombia se disparó a raíz del “bogotazo”. En nuestra propia historia, los desarreglos de la política en el siglo XIX hicieron crecer la presencia de los salteadores de caminos y su control fue más el resultado del arreglo político con Porfirio Díaz que de la persecución punitiva.

La experiencia mexicana con la Revolución y, sobre todo, al haber puesto fin a la violencia con la creación de las nuevas instituciones que gobernaron al país durante prácticamente todo el siglo, es un ejemplo perfecto de cómo la política es, por lo menos en México, un cimiento indispensable para recuperar la paz y mejorar los niveles de seguridad.

Es urgente revisar la política de seguridad para dejar atrás la idea de una “guerra contra el narcotráfico” como sustento de la popularidad presidencial, para sustituirla por una política de Estado que cuente con el respaldo de todas las fuerzas democráticas, sin criminalizar la lucha social.

Pero en México no sólo se ha debilitado la aceptación al Estado en amplias regiones, sino que una incompetente conducción de la transición democrática llevó a la parálisis, al fortalecimiento de los poderes fácticos, de los cacicazgos regionales y al manejo patrimonialista de las administraciones locales.

La Administración Pública requiere de una revisión de fondo, para que se organice en función de las nuevas prioridades y no de las prioridades de hace cuatro décadas. En México se debate cuál debe ser la reforma del Estado, las posturas varían desde quienes sostienen que se necesita revisar el pacto constitucional por completo y dejar atrás el actual orden institucional, para implantar una nueva República, pues consideran que las actuales

instituciones están completamente corrompidas, hasta quienes proponen una revisión al régimen presidencial o, al menos, la introducción de correctivos parlamentarios como el de la Jefatura del Gabinete, que aumenten la responsabilidad del gobierno y del gabinete. También se presentan propuestas de restauración autoritaria como la introducción de cláusulas de gobernabilidad más rígidas.

Aunque la Reforma del Estado es un tema y una necesidad fundamental, actualmente no están dadas las condiciones para un avance relevante. Intentar esos cambios desde el viejo presidencialismo hegemónico, debilitado, no llevará sino a la simulación de los cambios o, peor aún, a reproducir la parálisis o a disfrazar algún intento de recomposición autoritaria o bonapartista.

Se tendrá que trabajar con las viejas reglas y ganar, y gobernar a partir de ellas. Por lo pronto es indispensable superar un obstáculo que ya había desaparecido, pero que, como en los viejos tiempos, genera desconfianza y polarización. Han ocurrido retrocesos en la democracia y debilitamiento en la confianza sobre la imparcialidad de las autoridades electorales y políticas para garantizar elecciones libres.

Es indispensable que se regrese a las condiciones de imparcialidad que permitieron la alternancia en el año 2000 y evitar que se repita la elección presidencial de 2006, cuya legitimidad fue severamente cuestionada.

Para 2012, una elección que no legitime plenamente al nuevo gobierno sería la puntilla para una solución democrática de la crisis.

Los cambios en los equilibrios constitucionales y en el régimen político, que serían de gran utilidad, que son necesarios, difícilmente prosperarán hasta que no haya un nuevo gobierno y

una nueva mayoría. No se cuenta actual ni probablemente se contará al principio de la nueva Administración con las mayorías necesarias para conducirlos. De ahí que sea prudente determinar cuáles son los requisitos mínimos para transitar, desde ahora hasta la próxima elección presidencial, de tener una elección presidencial libre y para poder construir un gobierno de coalición a partir de 2012.

Desde ahora se necesitan dar los pasos necesarios para que en el caso de una emergencia o, idealmente, a la entrada de un nuevo gobierno, pueda aplicarse un plan de rescate del Estado, recuperación del crecimiento y respuesta a los reclamos de los sectores más agraviados de la sociedad. Hay que dar los pasos antes de que la falta de respeto a las garantías constitucionales, la desesperación y el miedo lleven a una debacle institucional y abran la oportunidad de una regresión autoritaria.

México puede superar su difícil situación actual y recuperar su liderazgo internacional, puede volver a ser parte de las grandes ligas. Para ello necesita reconocer con modestia, que ha perdido valiosas oportunidades y que requiere de un ajuste interno mayor.

Si logra cambiar el rumbo, sostenerlo y mantener los acuerdos que den sustento a las políticas de Estado, en unos años, México podrá haber generado nuevas áreas de reconversión y colaboración con los Estados Unidos en los campos de la tecnología avanzada y la economía del conocimiento, colocarse de nuevo al lado de Brasil como nuevo y prestigiado miembro del BRIC, y de Chile en lo que pudiera denominarse una liga mundial de buenos gobiernos.

México está en un verdadero círculo vicioso, si no disminuye la violencia y la ingobernabilidad el crecimiento económico será menor y estará en riesgo la propia estabilidad económica existente. Si no hay crecimiento, las posibilidades de redistribución serán menores y mayor la confrontación por el reparto del ingreso.

Si no se genera un horizonte de inclusión social y disminución de la pobreza, la economía seguirá dependiendo excesivamente de las posibilidades de crecimiento, poco halagüeñas, de la economía norteamericana y seguirán creciendo el rencor y la inconformidad social, lo que haría cada vez mas ingobernable al país.

El círculo vicioso toca al Estado, a la economía y a la cohesión social. Su solución empieza por lo primero, por la política, las instituciones; empieza por el quién gobierna, con qué programa, con qué alianzas sociales y con qué equipo, sobre todo con qué rumbo. Es la política la que puede hoy desatorar la economía, recuperar los mínimos de seguridad y facilitar una mayor inclusión social.

De una crisis extendida como la que vive México sólo se sale si se discuten los fines, se legitima la causa y se van logrando resultados que convenzan a la sociedad de que una mejoría es posible. Se sale esclareciendo las opciones, ganando espacios políticos en las elecciones e integrando equipos competentes para mejor gobernar.

Se sale también con perseverancia, porque las resistencias son múltiples y los tiempos ya han sido prolongados.

La crisis se empieza a superar hasta cuando sus dirigentes actuales y sus nuevos líderes, a pesar de las grandes diferencias que los alejan y enfrentan, son capaces de reconocer sus errores, definir las correcciones necesarias para responder a la sociedad y ponerse de acuerdo en lo fundamental: seguridad con respeto a las garantías individuales; crecimiento económico con un Estado y mercados fortalecidos; nuevos acuerdos sociales y fiscales que fortalezcan la productividad y la inclusión social.

Sólo así, con un proyecto bien definido y un alto grado de responsabilidad política, se podrán construir las coaliciones elec-

tales, sociales y políticas que permitan triunfar, formar un gobierno competente y romper el *impasse* de los últimos años. Hay que decidirse a tomar un nuevo rumbo. Muchas gracias.

Rommel C. Rosas: Muchas gracias maestro. A continuación hará uso de la palabra el doctor Alan Arias Marín, distinguido periodista, articulista en *Milenio*, Asociado del INAP y profesor de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Doctor tiene usted la palabra.

Alan Arias Marín: Me da mucho gusto estar aquí en el INAP, agradezco la invitación para participar como comentarista en la presentación que nos ha hecho Manuel Camacho.

Difícil no estar de acuerdo con la presentación que hizo Camacho, aunque sea de manera muy apretada, en cuanto al diagnóstico de la situación actual en México. Tiene la virtud de recogerla y puntualizarla en relación a muchos diagnósticos, tanto en el plano teórico, pero también a situaciones prácticas de inconformidad, de resistencia. Y habría que cerrar el círculo de ese diagnóstico con el añadido de una creciente frustración en la mayoría de los sectores sociales, en una exasperación de muchos de los actores políticos y, curiosamente, también en una impotencia tanto en el plano propiamente teórico.

El programa que esboza Manuel Camacho reboza racionalidad, pero como él muy bien dice, llevamos demasiado tiempo diagnosticando, discutiendo y no encontramos en el plano teórico, en el plano intelectual, en términos científicos, técnicos y propiamente políticos, salidas precisas y aterrizadas.

Hay un consenso –al menos desde el lado crítico al gobierno, para usar sus términos– prolongado de centro-derecha y de derecha, pero como que la impotencia de soluciones también ha contagiado al trabajo intelectual y a las iniciativas políticas.

Segunda idea que me gustaría decir muy rápido, Manuel Camacho apunta a algo importante, dice: es el momento de darle prioridad y prevalencia a la política. Da la impresión que en la historia mexicana hemos resuelto los grandes problemas nacionales históricos dándole prioridad a la política. Sí, pero siempre ha sido una cultura política que ha sido dominada por la confrontación.

La gran experiencia de la cultura política mexicana, cuando hacemos memoria de los grandes problemas cruciales, casi siempre ha sido mediante confrontación e incluso confrontación violenta, no somos un país que tenga una cultura política que haya resuelto sus grandes momentos cruciales históricos en términos democráticos. Para decirlo de otro modo, nuestra cultura política es todavía muy precaria e insuficientemente democrática y siempre tiene el núcleo que amenaza con dominar el comportamiento de los actores políticos, en términos de una concepción política más belicista que democrática.

Ese es un problema que subsiste y que seguramente habría que incluir en los elementos no deseables de una crisis mayor de las instituciones, esta tendencia de la cultura política nacional a la confrontación en términos de ser una cultura política belicista. Pero dice más, el tiempo ha sido muy prolongado, el centro-derecha y la derecha juntas llevan gobernando 15 años, por lo tanto, el espíritu de un dominio del conservadurismo se ha arraigado en la sociedad.

Evidentemente que hay sectores sociales y actores políticos contestarios de esta situación y de la consolidación de esta inercia, del *statu quo*, que parece que no encontramos la manera de revertirlo. La gran hazaña de la liberalización democrática en México tuvo una columna fundamentalmente electoral, décadas de sucesivas reformas electorales que fueron abriendo el camino al pluralismo, a la competencia y, eventualmente, a la alternancia.

Pero lo que se consolidó a lo largo de todos esos esfuerzos es un régimen de partidos que, sin embargo, en la última década o quizá la última década y media para seguir con la periodización que propone Camacho, se ha visto como incapacitada para poder dar los pasos consecuentes a lo que la teoría de la transición llama una consolidación democrática, o para pasar de la mera liberalización a la posibilidad de plantear condiciones para transitar a un nuevo y distinto régimen. Evidentemente nadie se engaña, en el año 2000 no cambió el régimen, el cual se mantuvo e incluso ha asumido comportamientos y tendencias potencialmente regresivos en términos autoritarios.

Dice Camacho, entonces no hay condiciones y no hay una correlación de fuerzas que pueda parecer favorable al cambio, hay un asentamiento de las condiciones y de los proyectos de los actores políticos que buscan mantener el *statu quo*. Yo diría, en primerísimo lugar, el sistema de partidos que, además, está demostrando tener una baja capacidad de autocorrección.

Cuando pensamos en las reformas del Estado, o en las reformas económicas, o en los pasos inmediatos para garantizar una cuota de legitimidad suficiente para el régimen político, descubrimos que los actores políticos no son los pertinentes para poder asumir esa tarea de autocorrección porque sus intereses están inmediatamente ligados a la reproducción de ese *statu quo* en el ámbito político. Por lo tanto, la idea de ese rescate del país que comenzaría con el rescate del Estado y con la prevalencia inicial de la política, se ve como sumamente complicado.

Primero la política, dice Manuel, luego quién gobierna y qué alianzas, para poder establecer condiciones de un proyecto de renovación del país. Pensando en lo que podría plantear Manuel Camacho estuve revisando algunas de las cosas que él ha escrito y es sumamente interesante, porque no es solamente un

operador político notable, sino que es un teorizador de la política sumamente consecuente.

El viejo librito de *El futuro inmediato* que me sonaba mucho con el título de la conferencia, vuelve a utilizar los mismos ejes que hace mucho nos presenta Camacho en la conferencia y en el texto, a partir de la cual nos la ha planteado, es decir, los ejes derecha, centro e izquierda.

Curiosamente en la presentación que nos hace, escuchamos hablar del centro, del centro-derecha, escuchamos hablar de un deseable proyecto, de un deseable programa de renovación del país, de recuperación de la política, de las instituciones y del Estado para poder afrontar adecuadamente los problemas que vivimos, pero hubo un silencio en relación al otro polo, al polo de la izquierda.

En estos 40 años, del gran momento de renovación modernizadora que supuso el salinismo las cosas no han cambiado lo suficiente para poder hablar de una transición. Podríamos decir que sigue habiendo en el plano social y político un bloque dominante, y que ese bloque dominante estaría representado políticamente, con todas las salvedades y mediaciones necesarias, pero que esquemáticamente se podría seguir pensando que es un bloque dominado por el PRI y el PAN.

Camacho caracteriza al PRI como centro-derecha y al PAN abiertamente como derecha. Habría un bloque emergente que nunca ha logrado consolidarse, pero lo que sí se mantiene vigente, frente a ese bloque dominante, es lo que yo llamaría un bloque residual. Ese bloque residual lo constituyó el Sector Nacionalista Revolucionario del PRI y la izquierda, particularmente en las dos figuras caudillistas que han dominado a la izquierda nacionalista revolucionaria mexicana, que fueron Cuauhtémoc Cárdenas y Andrés Manuel López Obrador.

¿Seguiría siendo entonces el bloque dominante el que es capaz de construir las condiciones para una renovación del país, no obstante que de alguna forma son los responsables de la situación en la que nos encontramos? Toda vez que el bloque residual, es decir, esa izquierda no socialdemócrata, esa izquierda de corte nacionalista revolucionario, populista, etcétera, que de alguna manera representa el movimiento de López Obrador, con un pie pateando a las instituciones y con otro pie jugando en la medida de sus posibilidades con las instituciones, no estarían en la posibilidad de poder ofrecer las condiciones para un proyecto de renovación nacional.

El tema queda abierto, no puedo ser yo el que lo introduzca y lo plantee, pero queda planteado el problema de las alianzas. En los trabajos que revisé de Manuel Camacho siempre el tema de las alianzas aparece con el añadido de que es un problema fundamental de carácter estratégico. La constitución de esas alianzas es algo que no aparece solamente como un movimiento táctico, sino que aparece con una carga de carácter estratégico.

La pregunta es, dichos estos elementos: ¿dónde aparece el polo de la izquierda en el esquema que nos acaba de presentar? y si entonces esa izquierda de doble cara, la cara más tradicional, más populista, más nacionalista revolucionaria, la cara que juega a la oposición semileal, porque agarra del juego de la oposición leal lo que le conviene, pero se sale de la oposición leal para presionar y obtener mejores condiciones políticas, el drama es que el sistema político mexicano todavía opera así.

Cuando alguien juega puramente en el plano institucional carece de *punch*, la prueba es que a pesar de la merma de capital político que ha tenido el movimiento de AMLO después de las elecciones de 2006 a la fecha, sigue teniendo el *punch* suficiente para, en determinados momentos, dominar la agenda política y obstaculizar las iniciativas de los adversarios, es el caso ahora de las alian-

zas, particularmente del Estado de México, precisamente porque juega en estos términos de oposición semileal.

¿Dónde queda el polo de la izquierda? Y la pregunta obligada, ¿si el responsable de las condiciones que se viven en el país de esta crisis sistémica es la centro-derecha y la derecha, en virtud de qué características, de qué propuestas y de qué elementos que, efectivamente, cambien las condiciones y la correlación de fuerzas posible, es que la izquierda va a poder ser un elemento constructivo, corrector, etcétera, si se está planteando la alianza precisamente con el sector de la derecha? Gracias.

Rommel C. Rosas: Muchas gracias maestro. A continuación hará uso de la palabra el doctor José Fernández Santillán, quien es un connotado discípulo de Norberto Bobbio y ha traducido diversas obras del mismo autor al español, además de haber sido galardonado como Premio INAP en 1980. Doctor Fernández Santillán, tiene usted la palabra.

José Fernández Santillán: Agradezco la invitación de mi amigo Pepe Castelazo a participar en este evento. Me complace también intercambiar ideas con un hombre de pensamiento y de acción como Manuel Camacho, compartir esta mesa con distinguidos colegas y amigos como Alan Arias Marín y Fernando Pérez Correa. Gracias por la presentación y a quien me precedió en el uso de la palabra. También mostrar mi agradecimiento y beneplácito por ver a maestros muy queridos, Luis gracias por estar presente, amigos y colegas de veras que es un gusto siempre regresar al INAP.

Lo que ha presentado Manuel Camacho es como un vergel de ideas, de propuestas, una especie de fuente de la cual se pueden abreviar y discutir muchas cosas. Tratando de hacer una contribución en mi comentario a lo dicho por Manuel Camacho, yo usaría la técnica del grano de arena, es decir, tomar de lo

mucho que dijo Manuel y de las muchas propuestas, sugerencias que están en su documento, sólo un aspecto y es el siguiente.

La idea fundamental es *el país ya no da para más, hay que cambiar*. Esta es la premisa y de ahí desdobra toda su argumentación. ¿Y cómo cambiar, cómo hacer cambiar al país en las condiciones tan difíciles en las que está? La propuesta viene al final de la presentación, a través de la política, de la reivindicación de la política y de la alta política, es decir, de la política que no ve solamente por los intereses particulares, por los intereses grupales o por los intereses partidistas, sino por los *intereses generales*.

Aunque es una palabra en desuso, es más actual que nunca pensar en los intereses generales de la nación y no en los muchos intereses particulares que hoy están en juego, y que son los que han destruido el tejido social, político y económico de nuestra nación. Hay una cultura, obviamente hegemónica a nivel económico, que es el neoliberalismo y eso es lo que tiene que cambiar, creo que la mayor parte del documento de Manuel va en el sentido de una propuesta no neoliberal, sino que la encuentro socialdemócrata; la revista en que vas a publicar esto, Manuel, es de ese tinte con lo que nos decías.

Para México es bien importante que se tome en cuenta la alternativa socialdemócrata que está cocinándose o ya preparándose, ya sirviéndose, ya alimentando las nuevas líneas de pensamiento y acción políticas. Es decir, el neoliberalismo fracasó en su intento de producir desarrollo, igualdad social, progreso nacional, por tanto, hay que pensar en alguna otra cosa.

Y esa otra cosa no puede ser o más mercado o más Estado, sino lo que he dicho: para que el país realmente salga del atolladero en el que está, se necesita más Estado, más mercado y más sociedad. Salir de este binomio contradictorio: si le quitas al mercado le das

al Estado y viceversa, esto se debe de hacer a través, repito, de una política, de una política del diálogo.

Manuel Camacho a lo largo de su vida política ha mostrado eso, ser un hombre del diálogo, del entendimiento y de las alianzas, de las coaliciones, de la formación de grupos que puedan caminar por un sendero común.

En ese sentido, si se reivindica a la política como diálogo, como entendimiento, como colaboración y cooperación, lo que está fuera de lugar es la política de la confrontación, de la lucha destructiva, de la descalificación, del enfrentamiento. Desgraciadamente es lo que priva hoy en el país entre los partidos políticos y adentro de los partidos políticos.

Decía que hay una hegemonía cultural en términos económicos que reivindica el neoliberalismo, y la derecha en México la ha reivindicado, y me voy más para atrás, llevamos cinco sexenios al hilo con la misma política económica: Miguel de la Madrid, Carlos Salinas de Gortari, Ernesto Zedillo, Vicente Fox y Felipe Calderón.

Es hora de que el país se mueva hacia el centro-izquierda o hacia el centro. Por cierto, tú formaste, Manuel, un partido que se llamó Partido del Centro Democrático, tratando de jalar la política mexicana de la derecha hacia la vertiente izquierda, pasando por el centro, obviamente. El asunto y el gran reto para la política nacional es crear una alternativa económica diferente del neoliberalismo.

Pero también crear una alternativa política diferente a la que ofreció la derecha, lo que hay que complementar es el argumento de cómo crear un polo de centro o de centro izquierda, que rompa con esa inercia destructiva. No tengo empacho en decirlo, la opción sería lo que hoy no existe en México, que es una alianza

entre el PRD y el PRI, hay que pensarla así o por lo menos tenerla en el pensamiento, ponerla a discusión. Hay que trabajar en esa línea, lo dejo nada más como una perspectiva en el horizonte que hoy no lo estamos detectando como radar.

Esto sustituiría al viejo pacto corporativo y sustituiría a la ruptura del pacto corporativo priista que fue el neoliberalismo. La primera cosa que dijo Margaret Thatcher es ‘yo nunca he visto a la sociedad, lo que he visto son individuos en competencia entre ellos’. El pacto socialdemócrata o el pacto laborista que creó el *welfare state* en Inglaterra está roto y la primera confrontación seria del gobierno de Margaret Thatcher fue con los mineros para destruir, para destroncar al movimiento obrero.

Hay que sustituir, ya no el viejo pacto corporativo, porque ese ya está roto, sino reconstruir lo que el neoliberalismo como política económica y como política en general echó por los suelos, que es una alianza de carácter muy amplio para reconstruir al país y también al Estado nacional. En ese sentido, estoy de acuerdo con Manuel Camacho, hay que reconstruir al país a través de la formación de un nuevo pacto social.

Incluso le puede entrar a ese nuevo pacto social también la derecha. Una cuestión sería un pacto de carácter nacional para reivindicar la política, para cambiar la forma de Estado, de presidencialismo a parlamentarismo o semipresidencialismo, un gobierno que pueda permitir la formación de mayoría y que hoy no existe ¿por qué? porque el sistema presidencial, como está en México, no da pie o no impulsa la creación de mayorías estables, sino mayorías coyunturales y también alianzas electorales de tipo coyuntural.

A esto los italianos lo critican, el tacticismo, es decir, hemos estado jugando a la estrategia militar, a través de crear pequeñas coaliciones electorales, que después tienen una gran dificultad

para convertirse en coaliciones de gobierno. ¿Por qué? porque tenemos un sistema presidencialista que, a mí me parecer, no permite la formación de mayorías y en ese sentido, lo digo abiertamente, yo soy favorable al sistema parlamentarista, porque el sistema parlamentario o parlamentarista provoca la formación de coaliciones, simplemente por una razón, si no se forma una mayoría estable no hay gobierno, no se puede formar gobierno, y si no se forma gobierno, los que están ocupando las curules, tanto de senadores como de diputados, pierden el empleo y regresan a la calle.

¿Qué diputado o qué senador, por no formar mayoría, iba a perder su puesto? En consecuencia, se ven obligados a formar mayorías. ¿Por qué? porque tienen la responsabilidad de formar, de crear y de apuntalar a un gobierno. Así está la mayoría de los gobiernos europeos; y ha sido el fracaso de los gobiernos o de la gobernabilidad latinoamericana.

Me apresuro a la conclusión de mi comentario. A nivel de hegemonía cultural está el neoliberalismo, que es naturalmente tecnocrático, pero también hay una hegemonía cultural en la política, que tiene que ver con el utilitarismo. Es decir, hoy todo se mide en términos políticos y electorales de maximizar las ganancias y minimizar las pérdidas. De ver a la política como un campo de batalla en el que se tiene que destruir, arrasar con el enemigo y de ahí todo el lenguaje y el léxico que se usa normalmente en el gobierno, en los partidos políticos y que nos ha permeado a todos, por ejemplo, es conveniente o no formar gobierno o coalición electoral con determinado partido político.

Si me va bien lo apoyo, si no, me retiro y voy con otro partido, es decir, no hay ideología, no hay propuesta gubernamental, lo que hay inmediatamente es la necesidad de ganar las elecciones. No me dejará mentir el caso de los partidos políticos, el 80 por ciento del presupuesto de los partidos políticos se va a la tele-

visión o a los medios de comunicación. No importan las ideas, sino las estrategias, este es el problema del tacticismo.

Si queremos reivindicar la política, tenemos que reivindicar las ideas, tenemos que reivindicar las propuestas y también a la política del diálogo, de la conciliación a gran escala, pensar en los intereses generales y no tanto en los intereses particulares. Los utilitaristas dicen eso, no hay interés general, sino interés particular, lo que hay que hacer es sacar el máximo provecho para beneficio propio, y así lo están difundiendo, ya tienen años trabajando en eso precisamente los panistas, la derecha.

Yo creo que hay que derrotar a la derecha, primero con ideas que son las que nos han impuesto a lo largo de los años y que hemos introyectado y que repetimos casi mecánicamente; un nuevo lenguaje, una nueva política, una nueva coalición. Yo lo dejo así de centro-izquierda, que efectivamente saque al país del marasmo en el que está.

Y, por último, honrando el espíritu del Instituto Nacional de Administración Pública. En esto también hay nuevas políticas públicas, nuevas estrategias de políticas públicas. La estrategia weberiana de la racionalidad interna, de la formalidad, de inhibir la imaginación y la conexión con la sociedad, ya pasó de moda.

Pero también ya pasó a mejor vida la llamada *nueva gerencia pública*, que ve al ciudadano como consumidor, como si fuera un consumidor de productos que echa a andar o que comercializa y que publicita la empresa privada. Las nuevas tendencias en la Administración Pública tienen que ver con el capital social y con la creación de valor público, es decir, con la vinculación entre gobierno y sociedad civil para hacer lo que, de otra manera, solos no harían. Pero esto quizás sería tema de otra conferencia.

Hasta aquí mi comentario. Muchas gracias.

Rommel C. Rosas: Muchas gracias doctor Fernández Santillán. Ahora le cederemos el uso de la palabra al doctor Fernando Pérez Correa, asociado y Consejero de nuestro Instituto, además de que ha sido un distinguido servidor público en las Secretarías de Gobernación y de Educación Pública. Se ha desempeñado en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde fue Director de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Por favor doctor.

Fernando Pérez Correa: Igual que mis ilustres antecesores en la palabra, estoy muy agradecido con la invitación. Me parece realmente admirable que siempre hay una iniciativa pertinente, oportuna, en el INAP, es una cosa muy satisfactoria, muy estimulante.

Agradezco a Manuel Camacho su exposición, es una exposición realmente muy rica. Voy a decirles a ustedes que me impresionó mucho el diagnóstico pormenorizado, enumerado, de los tópicos que son dominantes en la problemática contemporánea en la política de México.

Me gustaría tomar muy rápidamente, para hacer el comentario, tres puntos muy precisos. El primero es, podemos resumir todo este diagnóstico diciendo que ¿México se encuentra en una situación próxima a la de un Estado fallido? ¿Es posible decir eso?

Si esto fuese así ¿qué pasa, a qué se debe, cuál es el origen estructural, fundamental de esta situación, de ser el caso? Finalmente, ¿cuál sería, una vez hecho el diagnóstico, la práctica que resultaría indispensable poner en obra para superar esta situación, diría yo, de excepción, de falla, de fractura del Estado?

Si nos acordamos de las viejísimas lecciones de la Teoría del Estado, nos enseñaron que el Estado es una instancia articuladora de la sociedad, que tiene como característica específica asegurar

el Estado de Derecho, la seguridad jurídica y la seguridad pública, la convivencia productiva.

Tiene como uno de sus instrumentos claves el monopolio legítimo de la defensa, de la fuerza, de la violencia. Yo creo que la situación actual sí nos deja dudar que realmente se esté produciendo una articulación de la sociedad a partir de la acción del Estado. No creo que estemos en una sociedad total o fundamentalmente desarticulada; pero en cambio sí veo que muchos elementos se producen al margen de la acción del Estado.

Dos puntos concretísimos. Según los muy optimistas diagnósticos del INEGI, una tercera parte de la economía nacional es informal, es decir, está por afuera del Estado. Digo que es optimista, porque si consideramos que está en el reino de lo informal lo que escapa al reino de la regulación jurídica, yo creo que en una muy importante medida un *quantum* fundamental de lo que hacen las grandes empresas transnacionales y lo que hacen los grandes monopolios mexicanos, también escapa en cierta forma a esta característica de la regulación plena del Estado.

El otro punto. Yo pienso que desde hace mucho tiempo hay sectores que escapan, ahora son sectores y territorios bien identificados, a la acción articuladora del Estado y escapan al reino del Estado de Derecho y, desde luego, al monopolio legítimo de la violencia.

Me parece que pudiésemos resumir toda esta fenomenología pormenorizada que nos ofrece Manuel, diciendo que en rigor, tal vez de una manera imperceptible, cuando menos no es un tema dominante en la discusión cotidiana en México, estamos viviendo con una gran pasividad una de las dominaciones imperialistas más feroces que ha sufrido México. De hecho, creo que es una cuestión clave, no porque haya un régimen de privilegios, de incentivos, de desregulaciones, de violaciones legales y constitucionales para favorecer a los monopolios, lo cual es cierto, pero no por

eso, sino porque son sectores que en rigor escapan a la vigencia del orden jurídico nacional.

Hay un orden jurídico nacional al que estamos sometidos todos, menos algunos. A mí me dejó una impresión terrible el que tres veces en el sexenio pasado grandes grupos de inversionistas en infraestructura energética le hayan reclamado al Presidente de la República que no cumpliera con su palabra y abriera los mercados de la energía, particularmente los mercados del petróleo conforme estaba acordado.

A lo mejor ustedes ni lo recuerdan, pero fue muy traumático enterarse por esa vía de semejantes cuestiones. Yo creo que además del imperialismo, además de la marginación tenemos otro ingrediente que es muy importante que me resulta clave para explicar esta situación de vecindad al Estado fallido, a la crisis a la que se refiere Manuel Camacho. Y es precisamente, aprovechando las lecciones de nuestra propia historia y del centenario, el que se reproduzca una vez más en nuestra sociedad la circunstancia de que los sectores sociales más dinámicos producidos por los propios procesos de desarrollo de la sociedad quedan excluidos.

Qué duda cabe que los profundos cambios estructurales que produjo el Porfiriato generaron fuerzas sociales y potenciales nacionales ignorados por el Porfiriato, incapaz de incorporarlos, estallaron con la Revolución, y la Revolución no fue otra cosa que un enorme proceso muy costoso, muy largo, de incorporación y de relevo ampliado de las dirigencias nacionales.

Yo creo que la gran crisis urbana que se expresó en México desde principios de los años 60 y siguió después de las brutalidades del 68, era también una especie de himno al éxito de la política revolucionaria que ha generado un nuevo potencial, pero un potencial totalmente excluido, marginado, ignorado.

Las puertas de la participación estaban cerradas para esos sectores. Estas grandes fuerzas potenciales, virtuales del país no podían incorporarse a la vida institucional. Por esto es que se da, tanto en los preámbulos de la Revolución como a lo largo de los años anteriores y posteriores al 68, una modificación clave en las formas de la acción política, que pasan de la acción formal, institucional a la movilización. Puedo decirles a ustedes que lo más interesante que ha ocurrido en este país en los últimos 10 años han sido las espectaculares movilizaciones.

Si hacemos un poco de caso a los sociólogos clásicos debiéramos reconocer que los quebrantadores de la ley son, en una buena medida, rebeldes primitivos que están expresando justamente el estado de exclusión en el que se encuentra el ingenio, el talento, la vitalidad, la ambición legítima, el deseo de movilidad de este enorme y pasmoso patrimonio nacional que es nuestra población, que se ha convertido en el discurso oficial en una rémora inmanejable.

¿Estamos en una parálisis del Estado? Sí, en buena medida. No nos olvidemos que el imperialismo nos impuso la medicina del Estado modesto. Yo creo que hay una intensa correlación entre el incremento de la criminalidad, la organización del crimen y la articulación de una economía subterránea en las regiones rurales en las que funcionaba con un intensa efectividad y presencia el extensionismo agrícola, que fue sencillamente borrado, desapareció completamente y ha sido sustituido por una nueva modalidad del extensionismo, el extensionismo del crimen organizado.

Hay una extraordinaria polarización y tengo la impresión de que no es una polarización que se esté dando, en lo fundamental, entre las fuerzas representativas en el sistema de partidos y las fuerzas representativas de la sociedad; son la sociedad y los sectores excluidos quienes están en la raíz de la polarización.

Creo que si ustedes ven con atención movimientos extraordinariamente vitales ¿no les llama la atención la capacidad de movilización del movimiento de López Obrador? Creo que está respondiendo a una necesidad fundamental de expresarse, de participar, de intervenir y de hacer valer el potencial social del que uno es portador lo que está detrás de esto, y que es apenas un arañazo a un profundo *magma* vital contenido en la sociedad mexicana que está absolutamente ignorado.

Pienso que no tenemos Constitución. Hagan ustedes el recuento de las garantías fundamentales que son la esencia del pacto social que nos mantuvo en paz a lo largo de años. ¿Cuáles son estas garantías? Voy a dar mi asentimiento, mi apoyo a la subordinación política que implica el Estado ¿a cambio de qué?: los derechos a la educación, a la salud, al abasto, a la vivienda.

¿Pero cuáles derechos? De pronto ha surgido un agotamiento en la relación sinalagmática que implica todo pacto.

Como decía el glorioso Ulpiano, el principio fundamental es la reciprocidad (*do ut des*). Estamos dando nuestra subordinación ¿qué recibimos? Creo que el tema de la Constitución es un tema clave. No vivimos realmente en un Estado de Derecho. La economía no se mueve en un Estado de Derecho. El trato de los ciudadanos no se mueve en un Estado de Derecho.

Hemos llegado a extremos irrisorios en la violación de las garantías, pero ese no es el punto, el punto es que la convivencia cotidiana no está regida por la Constitución. Creo que es un asunto de política. Pero el asunto de política lo entiendo más que como una especie de reforma intelectual de las instituciones, lo entiendo como el reconocimiento de que estamos en un país con visibles pulsiones de movilización profunda que deben ser detectadas, canalizadas, porque después de todo lo que es propio de

las movilizaciones que terminan por ser encabezadas. Y ahí está la clave.

Acaban ustedes de vivir como la ola del 68, esta gran ola del 2010 que por una inmolación en un pueblo remoto, en una ciudad interior de un régimen autoritario árabe, está determinando las políticas de control de administración de Internet en China, es de ese tamaño.

Hay un gran potencial de movilización de la sociedad mexicana y creo que el papel de la izquierda es esencialmente convocar a esta gigantesca capacidad, esta energía gigantesca, este *magma* silencioso y por cierto bastante lastimado de México, movilizarlo, articularlo y darle nuevamente una salida institucional a la expresión de las realidades profundas de México.

Yo había preparado aquí algo sobre las cosas de la izquierda, pero me pareció mucho más pertinente recordarles el concepto de Estado fallido. Muchas gracias.

José R. Castelazo: Muchas felicidades a los cuatro ponentes, creo que nos han invitado no sólo a reflexionar, sino también a participar, ya tenemos un buen número de preguntas para Manuel Camacho. Antes de darles lectura le preguntaría a Manuel Camacho si quisiera reaccionar a los comentarios hechos a su participación, por favor.

Manuel Camacho Solís: Sí tengo interés en reaccionar porque han sido muy ricas las participaciones y francamente creo que mejora lo que yo había dicho, eso siempre es muy positivo.

Me gustó mucho lo que dijo Alan Arias, o sea, está bien, hay un bloque dominante. Para salir de la crisis y cambiar el rumbo se necesita que haya un bloque emergente que tenga el suficiente poder para establecer una nueva dirección, pero resulta que el

bloque dominante, desde hace muchos años, es tan fuerte que no permite que se dé esta modificación.

¿Cuál es la salida? ¿Por qué se vuelve algo como una especie de barrera imposible? A mí me parece que la salida, Alan, en parte está en agrupar a las fuerzas emergentes, canalizarlas, que sus propósitos sean bien definidos, que cuenten con estrategias que no se desgasten en un evento. Pero en parte está en dos componentes que creo que son centrales, uno, en la idea de que precisamente la salida está en los nuevos pactos y esos nuevos pactos implican, obligan y posibilitan la construcción de mayorías más amplias y, en todo caso, la disminución de las resistencias de quienes de otra manera no van a aceptar el cambio.

Creo que también para el bloque dominante ya hay suficientes problemas como para que algunos de ellos sepan que esto tiene que cambiar. Si uno revisa las reformas que ha habido en la historia del país, aquí se dijo, casi siempre ha sido por la confrontación, pero es ante la necesidad del cambio que se han hecho las reformas, no quiero entrar hoy en detalle, ustedes los conocen perfectamente bien.

Lo que habría que preguntarnos es si hoy existen las condiciones. Creo que sí existen, si no se alcanzan a ver o si algunos no las ven las irán viendo, pero están ahí. Lo que dice Fernando Pérez Correa es cierto, aquí hay una cantidad de inconformidad social enorme. ¿Cómo se va a canalizar esa inconformidad social, en qué va a terminar? Me parece que ahí está la clave, es decir, en los pactos y en la participación.

Todo lo que nos lleva en la dirección de poder construir pactos, no rollos, no cosas de simulación, sino acuerdos verdaderos que, además, no creo que sea un pacto completo constitucional. A lo mejor tenemos que llegar a ello, pero tienen que ser pactos suficientemente precisos, balanceados como para que sean creíbles

y para que se puedan verificar en su aplicación. Yo coincido mucho con esta percepción y creo que es muy clara.

En lo que dice Fernández Santillán, yo sí creo que necesitamos, hasta donde sea posible, crear un polo de centro-izquierda. ¿Por qué? porque estamos en una situación en donde, por una parte, tenemos a un grupo dominante que no cede nada y, por otra parte, a un grupo excluido que cada día está más enojado con esta situación.

Sí puede darse un choque, nada más que en el choque, el desenlace, puede ser un golpe autoritario; el desenlace puede ser un nivel de violencia que nos lleve a 10 ó 20 años más de desgaste y, por tanto, la posibilidad de ampliar un núcleo que pueda proponer un proyecto, que pueda dialogar y que no lleve necesariamente a una confrontación que difícilmente va a tener salida, me parece que es una fórmula no sólo democrática, sino práctica para resolver esta situación cada vez más complicada.

Confío en que eso se pueda, pero eso no se puede como producto. En efecto, de una reforma, llamémosle intelectual, eso tiene que ser como producto de una correlación de fuerzas. Y ahí todo este tema de las alianzas, independientemente del objetivo inmediato de una elección, que quien no se propone ganar una elección que no se meta a ello, porque el objetivo es ganar votos.

Me parece que el efecto que está teniendo esto es que está aplanando el terreno político en el país. Hace dos años yo platicaba con alguna persona que tiene muy buena información sobre México y me decía: fíjate que aquí ya está todo resuelto –esto ocurrió después de las elecciones del 2009– aquí el PRI va a arrasar, ya no hay nada que hacer. Y cuando platicó conmigo hace tres días, es una de las personas más inteligentes que conozco, me dice: Oye, me equivoqué, aquí sí va a haber competencia en 2012. ¿Por qué? porque no esperaba que se aplanara el terreno,

pero el terreno no se iba a aplanar como producto de concesiones o de reformas, porque no había ningún interés ni había mayorías capaces de hacerlas.

¿Ah, pero por qué se aplanó? porque el ingrediente de la participación ciudadana cambió las correlaciones de fuerzas. Cuando se discute esto de las alianzas, a quien no le gusta nada más que vea lo que ha hecho la sociedad, donde no hubo alianzas en las elecciones el año anterior la participación fue de 35 por ciento; donde hubo alianzas fue de 55 por ciento.

¿Qué pasó? Que la gente sí quiere participar, pero no tiene interés, no tiene atractivo, no tiene propósito. En donde se abrió la competencia la sociedad participó.

Regreso al punto de sí alianzas con el PRI, alianzas con el PAN, alianzas ¿con quién? Me parece que tiene que ser primero aplanar el terreno para que haya elecciones competitivas, porque de qué va a servir cualquier tipo de alianza si no va a haber competencia. Y una vez que eso se logre para el 2012, ciertamente que tiene que haber alianzas estructurales en torno a un proyecto.

Pero el punto es que ninguna de las fuerzas tiene la capacidad suficiente para gobernar el país por más que uno lo sostenga, por más que uno lo diga, es decir, la clave está en la construcción de coaliciones de gobierno, la clave está en la construcción de cambios de mayor profundidad. Eso sólo se va a lograr, desde mi punto de vista, con alianzas mucho más amplias, que se alíen los que quieran que cambie el país. O sea, la alianza natural va a ser de quienes defienden el *statu quo* al precio que sea, contra quienes desean la modificación; unos la querrán modificar por una vía de confrontación y otros dirán: no, vayámonos por la vía suave, vayamos por la vía electoral porque queremos paz en el país.

Tenemos que incorporar a este diagnóstico de las inconformidades el hecho de que existe una situación internacional muy compleja con los Estados Unidos en este momento, y también el hecho de que existen unos niveles de violencia enormes. Es decir, no estamos aquí ante gente que sale a la calle y no pasa nada, estamos en un país donde está habiendo una violencia de tal magnitud que en el momento que se desborde, lo que queda del orden institucional llevará a salidas probablemente muy poco democráticas y poco cívicas, porque ya no estamos ni siquiera en lo que fue el 2006, estamos en un cuadro, desde mi punto de vista, mucho más peligroso.

Finalmente, Fernando tiene razón, es decir, la gran reforma es abrirle la puerta a los excluidos, abrirle la puerta a la participación política, abrirle la puerta a las oportunidades y en primerísimo lugar a los jóvenes. Es decir, si no somos capaces de hacer esa reforma en el país, vendrá la confrontación, vendrá de una u otra manera. Vamos, ya está ante nuestros ojos, lo que estamos viendo es parte de esa confrontación.

Sí, creo que esa es la gran reforma. Con lo que yo no coincidiría es en apostar a que en virtud de una movilización popular vamos a cambiar el orden político y económico en la dirección que queremos. Ahí necesitamos otras cosas y necesitamos que este tránsito sea pacífico y necesitamos que el nivel de confrontación sea el menor posible, porque una vez que se desata la confrontación no creo que la gente en la calle –no digo que en una primera oleada, pero en la segunda o en la tercera– tenga la ventaja, menos en un país como el nuestro que está hoy metido en niveles de violencia tan altos.

Pero les agradezco a los tres sus intervenciones, fueron buenísimas, me parece que todos los que hemos hablado aquí coincidimos mucho en el diagnóstico, y creo también, más de lo que parece, en las propuestas de solución.

Sesión de preguntas y respuestas

Jóse R. Castelazo: De acuerdo con la política del Ateneo de la Administración Pública, Manuel Camacho dará contestación a la primera tanda de tres preguntas. Me permití ordenarlas por lo di-símbolo de las mismas.

Víctor Manuel Tello Aguilar, Asociado del INAP, pregunta: “¿Cómo garantizar la eficacia pública en coaliciones con proyectos tan distintos como los del PRD y el PAN? ¿Cuál sería la base de la nueva mayoría, cómo integrarla, existe ya un programa de acción?”

– Cyntia Prado Flores, del Instituto Politécnico Nacional, pregunta: “¿Qué papel jugarían las políticas públicas en la legitimación del gobierno y qué matiz le daría usted a la izquierda?”.

– Ricardo Carrillo Arronte, de la Facultad de Economía de la UNAM, Asociado del INAP: “¿Desde cuándo el PRI dejó de ser izquierda y por qué?”.

Manuel Camacho Solís: No sé exactamente lo del PRI, yo no quisiera ponerle el adjetivo, pero sí les digo una cosa, esa es mi conclusión después de haber vivido muchas cosas en la política. Creo que el gran problema, no sólo del PRI, sino de la cultura política del país y del ejercicio del poder en México, ha sido lo que Fernández Santillán empezó por decir, es decir, en vez de defender el interés general, lo que se ha hecho es defender los intereses facciosos o particulares.

¿Dónde se empezó a arruinar esto? Ahí, porque una cosa es que haya intereses y otra que haya cosas incorrectas, pero cuando eso se vuelve dominante y cuando en los más altos niveles del Estado empieza a predominar el faccionalismo, y se utiliza el

Estado para esos propósitos, llega un momento en que el poder público se descompone.

¿Dónde empezó a fallar el PRI? En el momento en que ya no fue capaz de representar esos intereses, es decir, había un discurso y había un ejercicio que no eran compatibles. Creo que eso sigue pasando y, además, insisto, no es exclusivo a ningún partido político, pero ciertamente me parece que lo que ha pasado es que las élites del país perdieron todo tipo de responsabilidad y de lo que se trataba era de ganar la elección a como se pudiera, eran cosas en donde a veces las condiciones del tránsito eran complejas, pero lograban resolver las crisis y, después, traicionabas. Es decir, resolvías la crisis de Chipas y después, ya que iba la reforma constitucional, decías: yo no firmé nada.

Resolvías la crisis de gobernabilidad del 88 y cuando se venía el tiempo de la reforma, hacías una reforma trampa para volver a excluir a los que deberías de haber incluido. Ganabas la elección con Fox, ofrecías una serie de cosas y a la hora de la hora utilizabas el poder de manera facciosa.

Esto me parece que ha sido terrible para el país, una falta de responsabilidades en sus élites políticas, de autocontención. Uno ve Chile, Brasil, pasan muchas cosas, pero nunca en la escala que han pasado en México, y siempre sin posibilidad de corrección y de sanción, es decir, conductas impunes permanentes. Eso respecto al tema del PRI, de Ricardo Carrillo.

El tema de las políticas públicas y la izquierda. Tengo la idea, esto tiene mucho que ver con el INAP, con estas reformas que se hicieron en los primeros años de López Portillo, de la Ley Orgánica de la Administración Pública, de toda esta visión sectorial del gobierno, muy vinculadas a esta idea de Administración Pública, francamente ya no tienen nada que ver con la realidad, es

decir, necesitamos rehacer el gobierno, necesitamos un gobierno de prioridades.

¿Cuáles son las prioridades? Un gobierno que tenga capacidad de impulsar políticas de crecimiento industrial y agrícola de nuevo, en las nuevas condiciones; uno que pueda ejercer un liderazgo en el tema de la educación, la promoción de la ciencia y la tecnología; uno que esté sustentado en otro aparato de justicia. Es decir, lo de antes ya no sirve, son burocracias pesadas diseñadas para otro momento de la historia del país.

¿Ahora cuál es la propuesta de la izquierda? La propuesta de la izquierda es que se respete el interés general, yo creo que con que nos movamos a ese punto, habremos hecho una transformación extraordinaria.

A ese punto no vamos a llegar de golpe, no va a desaparecer la economía informal, no vamos todos a lograr una obediencia de la ley como existe en los países europeos; pero el problema es que nos estamos moviendo en la dirección contraria. Es decir, ya perdimos el rumbo, no nos importa respetar los derechos humanos, ya sabemos que eso lleva a un desastre. Una cosa es que haya problemas de derechos humanos y otra cosa es que los aceptemos y que nos alejemos del compromiso con los derechos humanos, que cerremos los ojos ante las violaciones de los derechos.

Es ahí donde se descompone el orden político, luego el otro, una nueva mayoría y cómo combinar esto. Tiene que haber pactos, es decir, si va a haber una reforma laboral, que algunos de los temas de la patronal sean incorporados, pero a cambio de algo: a cambio de democracia sindical, a cambio de protección de los derechos de los trabajadores. No puede ser que todo siga siendo pensado en términos de proteger los intereses del capital, en términos de proteger los intereses de las burocracias.

Sí hay posibilidad de hacer pactos entre la izquierda y la derecha, como se han hecho en todo el mundo. ¿Cuál es la novedad? ¿Qué es la socialdemocracia alemana? Fue un pacto entre el capital y los trabajadores.

¿Qué hicieron los chilenos, qué hizo Lula? Los empresarios en Brasil estaban felices con Lula, pero dio a cambio algo a los excluidos, abrió la política social, disminuyó el número de pobres. Sí puede haber pactos entre fuerzas políticas distintas, pero el punto central es que no sean pactos tramposos. Sacar ventaja con un rollo social, es un engaño. No, yo acepto pagar un nuevo impuesto a cambio de obtener estos derechos sociales de los cuales carezco. Eso sí es un pacto.

Me parece que eso es lo que puede ofrecer un proyecto progresista, que no es capaz la derecha de dárselo, porque si hubieran tenido interés en eso ya lo hubieran logrado, es decir, han habido mayorías suficientes durante varias décadas y no ha habido nunca ese interés. Siempre ha sido: cómo avanza en el sometimiento de una parte de la sociedad y cómo engaño de que lo que estoy haciendo tiene un beneficio colectivo, cuando se sabe que no lo tiene. Terminamos por decir que el Fobaproa es para beneficiar a los pobres, llegamos a unos extremos inconcebibles. Eso es lo que ya no soporta el país.

No es que haya acuerdos entre la derecha y la izquierda, los puede haber, o entre la izquierda y el PRI, evidentemente tendrá que haber todo tipo de acuerdos, porque si no hay acuerdos volvemos a la imposición o vamos a la confrontación y nos olvidamos de la política.

José R. Castelazo: Hay muchas otras preguntas. Hay una para el doctor Fernando Pérez Correa, otra para el doctor Fernández Santillán y una más para el doctor Arias Marín. Le pido a Fernando Pérez Correa si quisiera darle respuesta.

Fernando Pérez Correa: Muy brevemente. Es una pregunta de Rosalía Rodríguez Vázquez, de la Escuela Nacional de Trabajo Social, dice: ¿Cómo cambiamos la mentalidad política neoliberal partidista del Congreso, senadores y diputados?

Lo que me parece a mí esencial del proceso de elección democrática es que es una especie de *paideia*, es una especie de enseñanza de todo el mundo. Cuando hay un verdadero diálogo entre las bases sociales y las ofertas políticas, las ofertas políticas están nutridas por las necesidades y los intereses concretos, y son respuestas, en ese sentido son responsables.

Esto no se va a resolver con un enfoque cada vez más mediático, como decían los críticos del Estado actual de las campañas que apoyaron una propuesta de reforma dirigida al Senado: “Hemos pasado de la doctrina al spotismo”, pero al “spotismo”, a los *spots*. Esto es verdaderamente deplorable, tengo la impresión de que los autores políticos, desde Aristóteles, veían a la democracia como un procedimiento para discutir y concertar los intereses colectivos, si no hay este trabajo de concertación, no hay política.

Lo que importa no es que la política sea así, sea neoliberal, o sea socialista, lo que importa es que es la conclusión ornamentada, cosmética de un monólogo. Nos estamos encaminando a un sistema electoral que es un juego de monólogos brillantes y atractivos. Hay que volver a la política como *paideia*.

José Fernández Santillán: Son dos preguntas las que me tocaron y les agradezco.

1) Adal Sandoval, de la UNAM. ¿Es oportuno pensar en alianzas entre partidos políticos, cuando el primer requisito que piden los partidos políticos para ser candidato, es estar acorde con sus intereses y no con el bienestar de los electores que van a representar?

Los partidos políticos por su naturaleza tienen que representar opciones distintas, y por Ley el IFE les exige tener documentos básicos, programas y definiciones ideológicas. Esos son los requisitos que son formalidades y, después, cada uno va por su santo en una lucha pragmática y a ver cuántos votos logró para poder sobrevivir.

Creo que este es un mal de la democracia y es una degeneración de la democracia porque, como lo decía Fernando Pérez Correa, ahora la política se hace a través de la televisión y con *spots* y no a través de ideas, de discusiones y eso es lo que da la democracia. Es más, hay un dato histórico bien importante, a la democracia como hoy la conocemos, el concepto, ya la practicaban antes los griegos y la llamaban de otra manera.

Primero fue *isonomía* que quiere decir igualdad ante la ley. El que participaba en la democracia tenía la protección de la ley y tenía que respetar la ley, por eso como dice Norberto Bobbio, la democracia es el gobierno de las leyes.

Dos. Después de eso, se le llamó también *isegoría*. *Gros*, palabra; *ise*, igual. Igualdad de palabra. Al momento en que el *polítés*, que es el ciudadano, entraba a la asamblea, tenía el mismo derecho de hablar de los demás y al que hablaba de más precisamente se le llamaba demagogo. Por tanto, hoy ese principio fundamental de la democracia está totalmente tergiversado, porque los que hablan en esta sociedad son los medios de comunicación y, sobre todo, la televisión y no el ciudadano.

Hay que darle voz al ciudadano. En ese sentido los partidos deberían de ser portadores de la voz de la ciudadanía, y no en lo que se están transformando, en oligarquías o en la partidocracia que se dice y que es una verdadera y propia degeneración. No representan intereses sociales como señaló también Manuel Camacho, o sea, los intereses sociales deberían de ser intereses

generales que se van traduciendo, que se van transformando, que se van modelando en los congresos; no es eso, sino que a los congresos se llega ya con una posición bien definida y para defender causas particulares y no causas generales.

2) Ricardo Muñoz Gómez, de la UNAM, muchas gracias. Dice: ¿Piensa usted que verdaderamente se pueden obtener votos de la población mediante nuevas ideologías y no a través como sucede en el presente, mediáticamente?

Esa es la desgracia, muchos autores estudiosos de la democracia han señalado que la televisión es la gran enemiga de la democracia. Sartori lo dijo: “La democracia se alimenta del *homo sapiens*. Hoy lo que tenemos es un *homo vivens*, que muchas veces es el *homo ludens*, o sea, el que busca en la televisión una fuga de los problemas personales y sociales, que se pone a divertirse, y no hay formación de capital social en el sentido de la integración grupal que se debería hacer.

El mismo Sartori señala: Ahora estamos entrando en un territorio que es totalmente desconocido y dice: *Hic sunt leones*. En los mapas romanos cuando no se sabía lo que había después de las tierras conocidas, decían: “Aquí están los leones, quién sabe para dónde nos movemos”. Estamos entrando con el poder televisivo, con el video-poder que está bloqueando las ideas y animando e impulsando las imágenes.

Es impresionante ver películas que casi no tienen diálogos, sino puros impactos de imagen, telenovelas o programas de televisión que van en ese sentido. ¿Por qué? porque ya no es el gobierno de la palabra, sino el gobierno de las pasiones, de la manipulación, del control mediático; pero si dejamos que el poder mediático nos gane, está derrotada la política y está derrotada la democracia. Muchas gracias.

Alan Arias Marín: Voy a tratar de ser muy rápido para devolverle la pregunta que me hacen a mí a Manuel Camacho, que tiene más elementos para poderla responder.

– Alejandro Pasos: “¿Cuál es el futuro de la izquierda y qué personaje de la izquierda tendrá la facultad de llevar a cabo un pacto social?”.

Muy rápido, yo decía que era un hueco en la exposición de Manuel, al menos en la inicial. Primero, habría que pensar que la izquierda no es un sustantivo, sino es un adjetivo y por lo tanto no podemos hablar de la izquierda como si se tratara de una realidad en sí misma en donde por ejemplo el PRD, el PT, eventualmente Convergencia, o en otro espectro el EZLN, el movimiento de la otra campaña o los movimientos de furia como Atenco, La Parota. Es decir, que devienen, dejan de ser movimientos de negociación y pasan a ser movimientos antsistémicos, o en otro espectro todavía más radical el EPR, el ERPI, la pléyade de movimientos guerrilleros fueran las emanaciones o los portavoces o los propietarios o los depositarios o los verificadores de lo que es la izquierda.

La izquierda es una noción relativa, basta que el escenario político cambie para que la izquierda o derecha empiecen a señalar y a significar cosas diferentes. Existen derivaciones históricas en la izquierda, existen mutaciones en la izquierda. La izquierda es una noción relativa por un lado y, por otro lado, es insuficiente, es demasiado pequeña en su significado si la ponemos en contraste con otras ideas tradicional y teóricamente ligadas a ella, como, por ejemplo la revolución o socialismo o democracia, etcétera.

La izquierda no es sustantiva, no es sustancial, no es una realidad metafísica, no tiene atributos definitorios, evidentes, invulnerables, incambiables, sino que tienen que ser reexaminados, reformulados y reestructurados periódicamente.

La oposición izquierda y derecha tiene una utilidad heurística, una utilidad analítica sí y sólo sí estamos remitiéndola a condiciones específicas, a límites y a actores discernibles, etcétera, sino se nos convierte en una realidad metafísica.

Comienzo a aventarle la responsabilidad a Manuel, yo atisbo ahí una atención en el discurso de Manuel, porque habla muy contundentemente en un doble plano, dice: Pactos entre izquierda y derecha. Por Dios, los ha habido siempre ¿por qué nos alarmamos? Pactos entre izquierda y derecha en el plano electoral, por Dios si alguien entra al juego electoral y no quiere ganar la elección y no quiere más votos, que se dedique a otra cosa.

Pero la izquierda –o a eso que podemos denominar izquierda en México– tenemos que vincularla a esas condiciones específicas mensurables, identificables para que podamos hablar de ella en términos racionales. Cuando Manuel habla de la necesidad, retomando a José, de ir de nueva cuenta sobre los intereses generales, de volver a plantear el problema de la incorporación, de la inclusión de los excluidos en términos sociales y en términos políticos, parece que transita de manera tersa en los conceptos de izquierda y derecha.

Pero después el asunto se traba, porque es un problema que inicialmente pasa por la cuestión electoral, por tanto, en la cuestión electoral sí es posible porque se trata de ganar elecciones, se trata en todo caso de lograr una especie de conclusión del proceso de liberalización y de alternancia, hay que derrotar al PRI en los lugares donde lleva 80 años gobernando Hay un poco la expectativa de que la gente se dé cuenta de que el PRI es derrotable, de que se ha emparejado el terreno después del triunfo provisional en las elecciones del 2009 y que, por lo tanto, es susceptible de ser derrotado.

Sea para concluir la transición anterior o sea para tener la ilusión de que volvemos a derribar al viejo régimen cuando hay un dato

fuerte, el PRI ya no gobierna desde hace 10 años al menos en el plano federal, aunque ha seguido gravitando fuertemente como uno de los actores políticos importantes.

¿Qué va a pasar con el futuro de la izquierda? No sé, tampoco quisiera hablar mucho, soy pesimista. De entrada, ni siquiera Gramsci que decía: “El pesimismo es un asunto de la inteligencia; el optimismo de la voluntad”. Yo no me atrevo a tanto. Creo que la perspectiva es que tenemos que tomar aire, porque este proceso, este diagnóstico que hemos visto hoy, va a seguir todavía durante un rato y dudo que las elecciones del 2012 lo puedan resolver.

Electoralmente voy a dar tres datos a esto del personaje y, además, eso interpela a Manuel Camacho. El más conocido, estoy usando unos datos de una encuesta del mes pasado de *El Universal*, el más conocido es AMLO, 91 por ciento, después Peña Nieto con el 87 por ciento, sigue Ebrard con el 70 por ciento. Para las mercadologías electorales, el conocimiento del candidato es sumamente importante.

La opinión que se tiene de AMLO es buena, muy buena, 22 por ciento, pero con un negativo muy grande de 36 por ciento; en relación a Ebrard, buena, muy buena, 21 por ciento y una opinión negativa sólo del 14 por ciento. Con relación a Peña Nieto, buena, muy buena, 45 por ciento y negativa sólo el 10 por ciento.

Entre Ebrard y AMLO “¿A quién prefiere usted que sea candidato del PRD para Presidente de la República?”. La población en general dice: Ebrard, 32 por ciento, población general AMLO, 29 por ciento.

¿Y en el ámbito interno de los perredistas? Marcelo Ebrard, 34 por ciento y AMLO, 56 por ciento.

Ebrard, sin AMLO como candidato del PRD es, como diría Hegel, “perro muerto” en la izquierda. Claro, en la expectativa

ciudadana AMLO tiene muy pocas posibilidades de ganar por el fuerte peso de la opinión negativa y si fuese el candidato unitario de la izquierda, vamos a jugar, podría crecer quizás 10 puntos, de todas maneras es insuficiente para ganar.

Si Ebrard fuera el candidato unitario de la izquierda su potencial de crecimiento es mayor que el de AMLO, efectivamente, sus negativos son menores, pero no alcanzaría un porcentaje para poder ganar por sí solo.

La expectativa para mí es pesimista, porque casi puedo asegurar que al menos de que haya una cosa muy grave, AMLO será candidato por uno de los flancos de la izquierda con el PT, con Convergencia y con un sector interesante del PRD. Eso deja las posibilidades de Ebrard limitadas, por ello, también tiene sentido pragmático acariciar la posibilidad de jugar en términos de una alianza de centro-derecha, o lo que signifique AMLO en términos de izquierda con otras posibilidades para poder ser competitivo.

También soy pesimista porque, viendo cómo se ha comportado y cuál es el comportamiento político del Presidente Calderón, no creo que vaya a ir hasta el final en la idea de una alianza con algún sector de la izquierda, aún si es este sector más moderno, más socialdemócrata, menos nacionalista revolucionario, menos confrontacionista del que representa AMLO.

Manuel Camacho Solís: Básicamente quería decirles dos o tres cosas ya nada más terminar. Una, el tema del spotismo, esta iniciativa que acaba de proponer un grupo de líderes políticos y de intelectuales, a mí me parece que es de lo más apropiado que pueda haber en este momento, es decir, no vamos a cambiar al mundo de aquí a las elecciones.

Necesitamos tener las condiciones mínimas para que pueda haber una elección que funcione, que legitime al poder público, salirnos

de este debate y llegar a un pacto, porque sino no va a prosperar, donde los debates se vuelvan el elemento central de la próxima elección, creo que para lo que hoy estamos viendo sería un dato mayor.

No veo porqué no podamos encontrar la posibilidad de que todos los que tienen que decidir, que son las fuerzas políticas, el gobierno y los medios concurramos en que esta salida puede ser beneficiosa para todos, porque si nos planteamos esto como una confrontación con las televisoras en este momento, simplemente no va a caminar.

¿Por qué? Porque entre cosas va a haber políticos que van a bloquear esta reforma. Creo que lo que se puede hacer hoy es de lo más trascendente, es decir, si esto sale, se abrirán muchísimos espacios en las elecciones federales.

El otro tema que les quiero comentar es este asunto de que si el PRI no y las alianzas contra el PRI, la verdad no pienso que sea el propósito, es decir, no creo en ese discurso de los 80 años, opino que uno de los grandes problemas de Fox fue precisamente haber hecho tabla rasa de los 70 años del régimen que prevaleció entre 1929 y 1999. Esos 70 años fueron riquísimos, hay experiencias de gran capacidad de gobernar al país. Lo que hicieron Calles y Cárdenas fue formidable, salir de una Revolución y fundar unas instituciones es una hazaña.

Posteriormente todo lo que se hizo para impulsar el desarrollo económico del país, que durante medio siglo se creció al 6 por ciento en México. No puede uno decir que el PRI, los 80 años, es un error de óptica, es un error que nos llevó a suponer cosas que no iban a ser y que nos saca de un debate serio.

No es vencer al PRI, es vencer algunas maquinarias que tienen muchos problemas, porque defender a Ulises Ruiz es defender

las violaciones de derechos humanos de manera ya evidente y defender a Marín, yo no sé si es el PRI o no es el PRI, ya son formas muy degradadas de autoritarismo regionales las que estábamos enfrentando y que yo me siento muy orgulloso de haberlas podido ganar.

¿Por qué? porque no fue nada fácil. Aquí no nos estamos quejando, pero hemos tenido que vencer muchísimas resistencias. En la elección de Guerrero a nuestros equipos los amenazaban con armas largas todo el tiempo. Llegamos a niveles de riesgo de violencia que jamás vivimos en el 2006, a pesar de toda la confrontación política que hubo. Creo que esto es sano, que esto oxigena, que esto crea territorios donde va a poder haber competencia.

Sobre el tema de las personas, no quiero caer en eso, porque ahí ya nos metemos a todo lo subjetivo. Si nosotros somos capaces de resolver el tema de la sucesión del PRD, que creo que vamos a ser capaces, habremos dado un paso muy importante en la solución del asunto del 2012, porque no lo podemos resolver sino hay acuerdos políticos. Para resolverlo tiene que haber acuerdos políticos y yo confío que vamos a lograr esos acuerdos políticos y eso va a darnos mucho aire en lo que viene.

Ahora bien, sí existe un potencial para la izquierda. Yo, con esos números, pero firmo ahorita. ¿Saben con cuánto empezamos en Guerrero? Menos 22 y terminamos con 13 más, es decir, en un momento que se da ya el debate, que se da la lucha política, que los candidatos se ven y que la gente se entusiasma, si yo estuviera en el PRI, estuviera preocupadísimo, porque además es una tendencia hacia abajo y para nadie está esto tan suavecito, es decir, aquí va a haber luchas de poder muy duras de aquí a las elecciones, y esas luchas de poder pueden cambiar radicalmente los equilibrios y los números que hoy tenemos.

Pero sí estás en un segundo lugar en una elección a un año y medio, qué más quieras, vamos, ya estás en posibilidades de competir.

Quisiera cerrar esto compartiendo con ustedes una preocupación, pero también una esperanza. Esto no lo podemos resolver de golpe, no es que por un lado, uno sea muy pragmático y, por otro lado, uno diga que tiene ideas muy precisas, no, es que para defender las ideas tienes que tener resultados políticos, porque si no te quedas todo el tiempo en la cosa testimonial.

A mí me tocó escribir muchos documentos en mi vida política, algunos regulares, otros un poco mejores, nacionales e internacionales y muchísimos de esos no sirvieron para nada ¿por qué? porque eran muy buenos para salir del paso en una reunión internacional o en la reforma del PRI, después era algo que no tenía consecuencias.

Tuve la suerte también de escribir algunos documentos que sí han tenido consecuencias. Veo esto en etapas, está tan complicado, que de aquí a las elecciones, lo primero que tenemos que tener es elecciones y una paz mínima para que pueda haber elecciones. Si eso no lo logramos todo lo demás va a salir sobrando, porque vamos a estar en un cuadro mucho más difícil del que estamos hoy.

¿Qué tenemos que hacer de aquí a julio del 2012 para ayudar a que baje la violencia, para ayudar a tener una elección cuyos resultados sean aceptados por los participantes y para poder tener los niveles de seguridad mínimos para que no nos maten a los candidatos?

Lo digo con toda objetividad, es decir, tenemos que tomar decisiones responsables, previsoras para que esto ocurra, porque de no ser así olvídense de quién va a ganar, va a salir perdiendo la

institucionalidad del país, van a salir perdiendo todos los partidos políticos, vamos a entrar en una situación –que se puede prolongar 10 años– de mucho mayor aceleramiento, de la descomposición de la que ya estamos viviendo.

Segunda escala. Es la elección, es decir, esa elección la tenemos que cuidar y no es un diseño, no es hoy una reforma electoral que no va a pasar, son cuatro o cinco cosas que podemos ir trabajando desde ahora para que esa elección sea altamente participativa, que esa participación no sea nada más la movilización en la calle que nos va a llevar al choque con la policía ¿y luego? Como los argentinos, recuerdo haber platicado con el líder de los piqueteros, unos meses después de que se había caído el gobierno De la Rúa y estaba muy contento.

Le dije: –¿Y después qué? –“Eso no lo he pensado”. –Sí, que se vayan todos ¿y luego quién toma el poder? Le argumenté: Sabes lo que va a pasar? que va a tomar el poder la fuerza política más estructurada. No sé si en la primera, en la segunda, en la tercera tanda, pero el poder en Argentina lo van a tomar los peronistas. Ya de una vez empieza a negociar con ellos, porque esa es la realidad del país.

Si podemos canalizar la inconformidad por la vía electoral, creo que va a ser magnífico dadas las condiciones en las que estamos viviendo.

Una tercera etapa, por eso digo que es por etapas, es ¿qué hacemos para que un nuevo gobierno no repita las historias de fracaso que hemos vivido en estas últimas décadas? Desde mi punto de vista eso implica un programa, eso implica un compromiso legislativo, eso implica algunas reformas mínimas y eso implica tener un gobierno de coalición, un gobierno de 35 por ciento o el 38 por ciento, que será lo más que pueda ganar alguien, no tiene

posibilidades de gobernar al país, por tanto, necesitamos armar algo distinto.

Ese es el objetivo, si pudiera hoy saber que puedo llegar a eso me ahorro todos los pleitos con el PRI, el problema no es el PRI. Pero si no evitamos que haya una bola de nieve no habrá competencia.

¿Ahora ustedes suponen que uno cree que el PAN y el gobierno no tienen intereses políticos? Evidentemente los van a tener y cómo los van a jugar. Avancemos en todo lo posible para que al final pueda haber un correctivo suficiente.

No quiere decir que no acepto, porque no es un problema de voluntad personal. Pero de veras renuncio ante la posibilidad de pensar que del 2012, al 15 o al 18 vamos a vivir en una situación en donde simplemente vamos a prolongar la decadencia que tenemos, por una razón muy sencilla, porque ya no aguanta, esto tiene límites, es decir, qué día empieza la violencia en el centro del país y te puedo hacer 10 preguntas.

Ya no es un escenario en donde simplemente todo sigue igual, si no logramos corregir el rumbo del país, llegar a acuerdos de mucha mayor profundidad y construir un gobierno capaz de gobernar al país, me temo que los costos van a ser todavía mucho mayores a los que hoy estamos viviendo. Muchas gracias.

Clausura

José R. Castelazo: El Ateneo de la Administración Pública del INAP es un espacio de diálogo, tiene vocación de diálogo, de civilidad y es un diálogo que se da en la pluralidad. Y de ese diálogo surgen proposiciones que nosotros tratamos de traducir a la Administración Pública en su virtud integradora y cohesionadora de la sociedad.

Me parece que lo que aquí se ha dicho, nos pone en el camino de las prioridades y si nosotros podemos coadyuvar en el diálogo nacional esto será un hecho. Vamos a tratar de identificar las prioridades de la Administración Pública porque en el INAP creemos que la Administración Pública es un asunto de políticos y lo es porque es la única forma de lograr que la política se convierta en realidad.

Les agradecemos muchísimo a los cuatro participantes, muy particularmente a mi amigo Manuel Camacho Solís, que en alguna época de su vida tomó el riesgo de invitarme a trabajar con él y le agradecí siempre y se lo agradezco, que haya estado yo ocho años en su equipo, donde aprendí muchísimo, pero sobre todo esta voluntad de concertación y de diálogo que la mantiene hasta la fecha.

A Fernando Pérez Correa tan brillante colega y, además, tan propositivo, tan analítico, a mi tocayo José Fernández Santillán que nos ilustra mucho en la politología, por supuesto italiana y a Alan Arias Marín, que escribe siempre todas las semanas y que lo hace con mucha valentía y con mucha inteligencia, como aquí lo ha demostrado.

Y a todas y a todos ustedes, las preguntas que leímos están aquí, tenemos todos sus correos electrónicos, seguramente están contestadas por todas las participaciones. Pero si nos lo permiten los participantes a partir de pasado mañana subimos al portal del INAP toda esta conferencia, se pasa sin cortes, sin ediciones y yo creo que va a ser muy bueno para los asociados y para todos los interesados.

Nuevamente muchas gracias por su participación.